

no se verificarían las juntas de comisiones sino para el envío de comisionados, y últimamente con el fin de preservarse cada vez mas de aquel terrible enemigo conocido con el nombre de salud pública que tanto miedo les inspiraba, se decidió que en adelante no tuviese la iniciativa de las leyes, ni pudiese jamas hacer proposiciones dirigidas á proceder contra ningun diputado.

Mientras que se tomaban aquellas resoluciones para restituir un poco de energía al gobierno, continuaban ocupándose de cuestiones de hacienda, cuya discusion se habia interrumpido por los sucesos del mes de germinal. Es de advertir que con la abolicion del *máximum*, de las requisiciones, del secuestro, y de todo el aparato de las providencias forzadas habia sido mas rápida la caída de los asignados. Como nadie precisaba á las ventas eran libres los precios, y las mercancías habian subido de un modo extraordinario, desmereciendo el de los asignados en igual proporcion. Se habian ido restableciendo las comunicaciones exteriores, y por consiguiente era mas visible la comparacion del asignado con los valores estrangeros, que tanto influian en el cambio. Asi puede considerarse como completa la caída del papel moneda bajo todos aspectos, y segun la ley comun de la gravedad, la rapidéz de aquella caída se aumentaba con su rapidéz mis-

ma. Todo cambio repentino en los valores ocasiona especulaciones aventuradas, es decir el agio; y como nunca se verifican estas repentinas alteraciones, sino por efecto de algun trastorno político ó económico, en que se entorpece la produccion, ó la industria ó el comercio, lo único que queda en pie son esa clase de especulaciones, con las cuales en lugar de fabricar ó trasportar nuevas mercancías, se especula sobre las variaciones del precio de las que existen. En lugar de producir, se hacen apuestas sobre lo que ya está producido. En esta ocasion se renovó con mayor fuerza aquel agio que habia subido tan de punto en los meses de abril, mayo y junio de 93, cuando se escapó Dumouriez, se sublevó el Vendée y se armó la confederacion de los departamentos; á lo cual se agregaban ahora los horrores de la escasez y el escándalo de un juego desenfrenado que contribuyó á aumentar la carestia de los géneros y el desprecio del papel. El método de los jugadores era ahora en los meses de germinal, floreal y prerial del año III (abril y mayo de 95), el mismo que habia sido en 93, y el mismo que será siempre, es decir: compraban géneros que subiendo de precio con respecto á los asignados rapidísimamente, se aumentaba mucho mas en sus manos, y les proporcionaban en pocos instantes considerables beneficios: de suerte que los esfuer-



zos y los deseos contribuían á la caída del papel. Había objetos que se vendían y revendían millares de veces sin salir de su sitio, y se especulaba, como hoy, sobre lo que no se poseía. Compraban un género de quien no le tenía en la realidad, pero que quedaba en la obligación de presentarle en un término fijo, y como no podía presentarle porque no le tenía, pagaba la diferencia al precio corriente si había subido el género, ó recibía la diferencia si había bajado. Solían reunirse los agiotistas en el Palacio Real, ya tan culpable á los ojos del pueblo por ser el punto de reunión de la juventud dorada, y no se podía atravesar por allí sin verse asaltado por una multitud de marchantes que llevaban en la mano telas, cajas de oro, vasos de plata ó ricos objetos de quincallería. Todos los que traficaban en materias metálicas se juntaban en el café de *Chartres*, y aunque el oro y la plata no eran ya considerados como mercancía, pues estaba prohibido con penas muy severas desde 1793 venderlos á cambio de asignados, no por eso dejaba de hacerse aquel comercio casi abiertamente. Un luis de oro se vendía en 160 francos á papel, y en el espacio de una hora se le hacía subir desde 160 á 200 y aun á 210 francos.

Así los cargos y reconvenciones con que los patriotas procuraban sublevar al pueblo consistían en la suma escasez de pan y falta absoluta de com-

bustible durante un frío riguroso que casi no se había disminuido con la primavera; el aumento excesivo de todas las mercancías y la imposibilidad de pagarlas con un papel que cada día se envilecía mas, á lo cual se agregaba un agio desenfrenado que aceleraba el desprecio de los asignados con sus especulaciones y ofrecía la imagen de un juego escandaloso en que se veían ganancias enormes y repentinas, en medio de la miseria general. Era importantísimo, así para aliviar las desgracias públicas, como para evitar una sublevación hacer que desapareciesen semejantes cargos, pero esta era la gran dificultad.

El medio que parecía mas indispensable era, como ya hemos dicho, hacer que subiesen los asignados amortizándolos, para lo cual se necesitaba vender bienes; pero sin acabar de conocer que el verdadero obstáculo para ello consistía en facilitar á los compradores los medios de pagar una tercera parte del territorio. Se había dado de mano á los medios violentos, es decir al empréstito forzoso y á la providencia de quitarles la calidad de moneda; pero se vacilaba todavía en adoptar los medios voluntarios, esto es entre una lotería y un banco nacional. La proscripción de Cambon decidió la preferencia en favor del proyecto de Johanot que había propuesto el banco; mas entretanto que se conseguía plantear aquel medio



quimérico, el cual aun despues de realizado nunca podia elevar los asignados á la par del dinero, continuaba el mal en toda su fuerza, que consistia en la diferencia entre el valor nominal y el efectivo. Así el acreedor del estado y los particulares que recibían el asignado á la par, no podian deshacerse de él sino perdiendo las nueve décimas partes por lo menos. Los propietarios que habian arrendado sus tierras no recibian en pago de su arriendo mas que la décima parte, y se vieron algunos arrendadores saldar el precio de su póliza con un costal de trigo, un cerdo cevado, ó un caballo. El tesoro particularmente experimentaba pérdidas que contribuian á la ruina de la hacienda y por consecuencia del mismo papel, pues recibia de los contribuyentes los asignados por todo su valor y llegaban á sus manos 50 millones cada mes, que cuando mas valian 5. Para suplir este *déficit* y cubrir los gastos extraordinarios de guerra se veia precisado á emitir hasta 800 millones mensuales en asignados, siendo de la mayor urgencia, interin se veia el efecto de aquellas soñadas providencias, con que se contaba para hacerle subir y amortizar, restablecer á lo menos alguna proporcion entre su valor nominal y el efectivo, de modo que ni la república, ni los acreedores del estado, ni los propietarios, ni los capitalistas, ni ninguno en fin de cuantos eran pagados en papel que-

dasen arruinados. Propuso Johanot que se volvieran á adoptar los metales por reguladores de los valores, para lo cual era necesario tomar nota diaria del precio de los asignados, con respecto al oro y la plata, y no recibirlos en adelante sino á aquel precio. La persona á quien se le debian 1000 francos recibia 10 mil en asignados siempre que estos no valiesen mas que la décima parte de los metales. Habian de pagarse en plata ó en asignados al precio corriente las contribuciones, los arrendamientos, toda especie de rentas y propiedades de bienes nacionales; pero se opusieron á que el dinero fuese el término comun de todos los valores ya por odio á los metales, á quienes echaban la culpa de que habian arruinado el papel, ya porque los Ingleses, como dueños del dinero, podrian hacerlos variar á su gusto y estaria á su arbitrio el curso de los asignados. Eran muy miserables aquellas razones, pero fueron suficientes para decidir á la convencion á que desechase los metales como reguladores de los valores, y entonces propuso Juan-Bon-Saint-André que se adoptára el trigo como tipo comun y como valor esencial que habia sido en todos los pueblos, al cual debian proporcionarse todos los demas valores. Así habia de calcularse la cantidad de trigo que se podia adquirir con la suma debida en la época en que se habia verificado el contrato, y debia pagarse en



asignados el valor suficiente para comprar hoy la misma cantidad de trigo. Asi el que debia una renta ó un arrendamiento ó una contribucion por ejemplo de mil francos, en época en que estos representaban cien quintales de trigo, debia pagar en asignados el valor actual de los cien quintales de trigo. Mas á esto se opuso una objeccion, y fue que las desgracias de la guerra y pérdidas de la agricultura habian hecho subir considerablemente el trigo con respecto á los demas objetos y mercancías, tanto que valia cuatro veces mas. Segun el curso actual de los asignados hubiera debido costar el trigo solo 10 veces mas que en 1790, es decir á 100 francos el quintal, mientras que en el dia costaba 400. El que en 1790 debia 1000 francos, deberia hoy 10 mil en asignados pagándolos al precio del dinero, y 40 mil si se le precisaba á pagar al precio del trigo, lo cual equivalia á condenarle á pagar 4 veces mas. De suerte que no se sabia que medida adoptar para los valores. El diputado Raffron propuso hacer bajar los asignados desde el 30 de aquel mes á razon de uno por 100 cada dia, á lo cual se dijo que esto era hacer una bancarrota, como si ya no lo fuera bastante reducir los asignados al curso del dinero ó del trigo, es decir hacerlos perder 90 por 100. Pero Bourdon, que siempre hablaba de hacienda sin entender una palabra, logró que se decretase

no escuchar jamas ninguna proposicion dirigida á hacer bancarrota.

Entre tanto la reduccion de los asignados al curso tenia uno de los mas graves inconvenientes porque si no se tomaban en pago de contribuciones, ó arrendamientos, ó rentas los asignados sino al precio á que se encontrasen cada dia, no tendría término la baja no habiendo nada que la contuviese. Efectivamente en el estado actual como todavia podian servir los asignados por su valor nominal para el pago de los impuestos, arrendamientos y todas las deudas vencidas conservaban cierto destino que todavia daba alguna realidad á su valor, en lugar de que sino se admitian mas que por el que tuviesen cada dia, necesariamente habian de bajar indefinidamente. Era muy posible que un asignado emitido hoy por 1000 francos no valiera al dia siguiente mas que ciento, ó diez, ó cinco, ó nada. Verdad es que eso no arruinaria á nadie ni á los particulares ni al estado porque nadie le tomaria sino por lo que valiese, pero por la misma razon que en ninguna parte habria obligacion de recibirle, quedaria anulado en el acto mismo. No habia razon alguna para que un millon nominal no quedase reducido á una peseta efectiva y entonces quedaba aniquilado el recurso del papel moneda en un momento en que el gobierno no podia pasarse sin él.



Viendo Dubois Crancé el inconveniente que ofrecian todos aquellos proyectos, se opuso á que se redujesen los asignados al curso y dando poca importancia á la ruina de los que tenian que recibir los pagos en papel, propuso que únicamente se obligase á pagar las contribuciones en especie, con lo cual podia estar seguro el estado de tener los medios necesarios para hacer frente á la manutencion de los ejércitos y grandes poblaciones, evitando tener que emitir de tres ó cuatro mil millones en papel, que es lo que gastaba en comprar aquellas especies. Aunque aquel proyecto pareció á los principios muy seductor, no dejó tampoco de desecharse después de haberle examinado con madurez y así fue indispensable acudir á otro.

Pero entre tanto el mal continuaba y se iba aumentando diariamente, multiplicándose las sublevaciones en todas partes motivadas en la escasez de víveres y combustible. Se veia en el mismo Palacio Real ponerse á vender el pan á 22 francos la libra, y algunos barqueros en uno de los pasos del Sena pedir 40 mil francos por un servicio que se pagaba antes sobradamente con 100; en términos que llegó á apoderarse de los ánimos una completa desesperacion, clamando todos á voz en grito, que era indispensable salir cuanto antes de semejante estado. En aquellas circunstancias

Bourdon del Oisa, que era un economista muy ignorante y acostumbraba á tratar todas aquellas cuestiones como un energúmeno, adivinó sin duda casualmente el único medio de salir de todos aquellos apuros sin grande inconveniente. Era difícil, como ya hemos visto, sujetar los asignados al curso, pues no se sabia si debía tomarse por regla el dinero ó el trigo, y ademas era preciso quitarles por el pronto todo su valor, esponiéndolos á un desprecio ilimitado. No menos dificultad ofrecia hacerlos subir, porque era preciso vender bienes y no habia quien pudiera pagar tanta multitud de propiedades.

Sin embargo habia un medio de deshacerse de estos bienes, que era el de ponerles al alcance de los compradores, no exigiendo de ellos mas que el valor que merecian en el estado actual de la riqueza pública. Actualmente se estaban vendiendo los bienes nacionales á pública subasta de que resultaba que las ofertas eran proporcionadas al desprecio en que estaba el papel, y se necesitaba dar en asignados cinco ó seis veces el precio que tenian en 1790. Verdad es que entonces no era mas que la mitad del valor de las tierras, pero aun ese era un precio excesivo para hoy, en que no llegaban ni á la cuarta parte del valor que tenian en 1790. No hay ningun valor absoluto en el mundo, y así en América y sus vastos continentes las



tierras valen poco porque su masa es muy superior á la de los capitales movibles, y esto mismo es lo que venia á suceder en Francia en 1795. Por tanto no era cosa de atenerse al valor ficticio de 1790, sino al que podia realizarse en 1795, porque ninguna cosa vale realmente mas que lo que se puede pagar por ella.

En consecuencia propuso Bourdon del Oisa que no se adjudicáran los bienes á pública subasta sino por una simple oferta que cualquiera hiciese de dar en asignados el importe triple de la tasacion hecha en 1790. Si habia concurrencia entre dos ó mas compradores, habia de darse la preferencia al que se hubiese presentado primero, y así una hacienda estimada en 100 mil francos en 1790, quedaba pagada con 300 mil en asignados. Habiendo llegado estos á la quincena parte de su valor, no representaban en realidad los tales 300 mil francos mas que 20 mil efectivos, resultando de aquí que con 20 mil francos se adquiria una posesion que habia sido valuada en 100 mil el año de 1790. Esto no era perder las 4 quintas partes supuesto que verdaderamente no era posible conseguir mas, fuera de que aun cuando la pérdida ó sacrificio hubiese sido efectivo, no se debia dudar en aceptarle porque las ventajas eran inmensas.

Por de contado se evitaba el inconveniente de

la reduccion al curso, que destruia enteramente el papel, pues en efecto se vió que luego que se sujetó el asignado al curso corriente para el pago de cualquier cosa y aun para el de los bienes nacionales dejó de tener valor fijo en ninguna parte y se redujo á nada. Pero conservándole la facultad de pagar con él los bienes, tenia un valor determinado, supuesto que representaba una cierta cantidad de tierra, y con tal que pudiese siempre adquirirla, conservaria su valor y no pereceria mientras ella no pereciese. Se evitaba pues el aniquilamiento del papel; pero esto era lo de menos sino que según se vió dos meses despues, era constante que podian comprarse inmediatamente todos los bienes con la condicion de pagarlos al triple precio del que tenia en 1790. Todos ó casi todos los asignados hubieran podido volver á entrar en el tesoro, y los que hubieran quedado fuera habrian recobrado su valor, y el estado en disposicion de hacer nuevas emisiones y sacar partido de aquel recurso. Verdad es que no exigiendo mas precio que el triple de la tasa de 1790 era preciso enagenar muchas mas tierras para recoger la masa de papel que estaba en circulacion; pero debia quedar todavia sobrante para otras nuevas necesidades extraordinarias. Ademas de eso las contribuciones, que en el dia estaban reducidas á nada por que se pagaban en asignados, recobrarian



su valor si estos se absorbían ó tomaban mayor precio; al paso que los bienes entregados inmediatamente á la industria individual, iban á producir utilidades tanto para el particular como para el estado, y por último se ponía término á una catástrofe inminente, pues que se restablecía una justa relacion entre los valores.

Quedó aprobado el proyecto de Bourdon del Oisa é inmediatamente se prepararon á ponerle en ejecucion; pero aquella tempestad que amenazó el 12 de germinal y estaba formada después de tanto tiempo, volvía á amenazar ya muy de cerca en el día y se la veía venir por el horizonte. Cada uno de los dos partidos se agitaba á su manera, y los contra-revolucionarios que dominaban en algunas secciones, hacían que se redactasen peticiones contra las providencias propuestas por Chenier y particularmente contra aquella que conminaba con el destierro á los que abusasen de la imprenta, como lo estaban haciendo los realistas. Por su parte los patriotas reducidos al último extremo meditaban un proyecto desesperado, habiéndoles irritado hasta el extremo el suplicio de Fouquier Tinville, que con otros muchos jurados del tribunal revolucionario habia sido condenado á muerte por el modo con que habian desempeñado sus funciones. Aunque se habia descubierto su proyecto del 29 de germinal

y disipado la segunda tentativa que hicieron para poner en permanencia todas las secciones bajo pretexto de la escasez, no por eso dejaban de conspirar en diferentes barrios populosos, hasta llegar á formar una comision central de insurreccion que residía entre los cuarteles de San Dionisio y Montmatre en la calle de Mauconseil. Hallábase compuesto de antiguos miembros de las comisiones revolucionarias, y de varios individuos de la misma laya, casi desconocidos todos ellos fuera de su barrio. Estaba bastante indicado el plan de la insurreccion con otros acontecimientos del mismo género, y se reducían á echar por delante las mugeres, hacer que las siguiese un inmenso populacho, rodear á la convencion de una multitud tal que fuera imposible socorrerla, obligarla á que echase de su seno á los 73, llamar á Billaud, Collot y Barrère, soltar á los diputados que estaban presos en Ham y á todos los patriotas, poner en fuerza y vigor la constitucion de 93, nombrar un ayuntamiento nuevo en Paris, y recurrir de nuevo á todas las medidas revolucionarias, como el *máximum*, las requisiciones etc. Redactaron los patriotas este plan en un manifiesto compuesto de once artículos, que se publicó en nombre del pueblo soberano restituido á sus derechos, el cual se imprimió el 30 de floreal por la tarde (19 de mayo) y le esparcieron por Paris. Se mandaba en él á los ha-



bitantes de la capital que acudiesen en masa á la convencion llevando escritas en sus sombreros estas palabras; *pan y la constitucion de 93*. Toda aquella noche del 30 de floreal hasta el primero de prerial se pasó en idas y venidas, gritos y amenazas, corriendo por las calles las mugeres, diciendo que era necesario marchar al dia siguiente contra la convencion que solo habia quitado la vida á Robespierre para ponerse en su lugar, que mataba de hambre al pueblo, protegia á los mercaderes que chupaban la sangre del pobre y daba la muerte á todos los patriotas. Ellas mismas se animaban á ir delante, diciendo que la fuerza armada no se atreveria á disparar contra mugeres.

Efectivamente al otro dia, que era miércoles 20 de mayo era ya general el tumulto al amanecer en los arrabales de San Antonio y San Marcelo, en el barrio del Temple, en las calles de San Dionisio y San Martin, y sobre todo en lo que llaman la ciudad. Pusiéronse los patriotas á echar á vuelo las campanas de que pudieron disponer, á tocar la generala y disparar los cañones. En aquel mismo instante se tocaba á rebato en el pabellon de la Unidad por orden de la comision de seguridad general, y se iban reuniendo las secciones; pero las que estaban en la intriga se habian formado desde muy temprano,

y caminaban ya en armas antes que estuviesen advertidas las otras. Iba creciendo la reunion y avanzando poco á poco hácia Tullerias, viéndose una multitud de mugeres mezcladas con hombres borrachos, gritando *pan y la sonstitucion de 93* á que se agregaban pelotones de bandidos armados con picas, sables y todo género de armas, rodeados del mas ínfimo populacho y seguidos de algunos batallones de las secciones armadas regularmente, y todo aquel conjunto caminaba sin orden hacia el punto indicado para todos que era la convencion. A eso de las 10 ya habian llegado á Tullerias y sitiaban la sala de la asamblea cerrando todas las avenidas.

Habian acudido apresuradamente los diputados y estaban en su puesto, sin haber sido advertidos los miembros de la montaña que no tenian comunicacion con aquella junta obscura é insurreccional y no tenian otra noticia, igualmente que sus cólegas, de lo que era aquel movimiento sino por los gritos del populacho y por el sonido de la campana. No dejaban de estar desconfiados temiendo que la comision de seguridad general hubiese tendido algun lazo á los patriotas, sublevándolos para tener ocasion de dar sobre ellos. Apenas reunida la asamblea, vino á leerla Isabeau el manifiesto de la insurreccion, y las tribunas, que ya desde muy temprano estaban ocupadas por los pa-